



*Dickon el Diablo
y otros relatos extraordinarios*

J. SHERIDAN LE FANU

Joseph Sheridan Le Fanu (1818-1873), heredero de la tradición gótica, nos ha legado una colección incomparable de relatos donde abundan los misterios escabrosos, las crónicas de fantasmas y el terror sobrenatural, mostrándose siempre como un maestro renovador del cuento de terror.

Le Fanu es el verdadero iniciador de la «*ghost story*» contemporánea; imaginó una de las pesadillas más conspicuas del género de vampiros: *Carmilla*, la fascinante mujer vampiro, y dio vida a un personaje singular: el doctor Martin Hesselius, que prefigura a los detectives ocultistas profesionales a la manera de Van Helsing, el cazavampiros de *Drácula*, John Silence de Blackwood, Carnacki de Hodgson, etc.

La presente selección recoge parte de su producción en el terreno de los espectros y el misterio, y se evidencia en ella la consideración de la naturaleza corrupta del alma humana como generadora del mal, o de la visión del abismo —la bajada a los infiernos o lugar de la desesperación eterna—, de manera que la deformación psicológica del hombre se convierte en putrefacción del Cosmos.

Prólogo

La obra de Sheridan Le Fanu, aunque quedó relegada al olvido en los años posteriores a su muerte, se ha convertido con el tiempo en algo imprescindible en las antologías o colecciones de literatura sobrenatural y de terror, gracias, en gran medida, a la labor de otro de los grandes del cuento espeluznante, que la dio a conocer al gran público: M.R. James. Descendiente de una familia hugonote emigrada a Dublín en 1730, Le Fanu (1818-1873) consagró casi toda su vida a las letras y a labores editoriales, después de haberse graduado en el Trinity College de Dublín y haber ejercido la carrera de las leyes durante poco tiempo. De las revistas y periódicos que publicó a lo largo de su vida cabe destacar el Dublin University Magazine, que fue conocido y apreciado internacionalmente. Parece que nunca abandonó Dublín, y su vida estuvo marcada por la ausencia de acontecimientos exteriores, lo que se acentuó tras la muerte de su mujer. Acabó convirtiéndose en un auténtico recluso que ni siquiera frecuentaba a sus amigos más íntimos, dedicándose a escribir sus narraciones en la oscuridad y a meditar sobre cuestiones espirituales relacionadas con la filosofía de Swedenborg, por lo cual empezaron a llamarle

«el príncipe invisible». Le Fanu fue un autor prolífico; escribió catorce novelas, treinta relatos cortos, algunas baladas y numerosos artículos. Muchas de sus novelas han sido olvidadas; sin embargo, algunas de ellas siguen siendo muy apreciadas en la actualidad: *Uncle Silas*, *The House by Churchyard* y *Wyldefs Hand*. Pero es en el relato corto donde sobresale con brillantez el arte narrativo de Le Fanu, y algunas de sus creaciones permanecen como auténticas obras maestras del género. Citemos simplemente *Carmilla* —precursora insigne de las mujeres vampiro— y *Green Tea*, en las cuales aparece otra de las grandes creaciones de Le Fanu: el doctor Martin Hesselius, investigador de lo sobrenatural.

Los relatos seleccionados en el presente volumen, tanto los considerados cuentos de fantasmas como los de misterio son herederos directos de la tradición gótica instaurada en la segunda mitad del XVIII. Como en *El Castillo de Otranto*, «todo se desliza hacia la catástrofe» en los cuentos de Le Fanu, cuya característica común es la representación artística de la tendencia corrupta en la naturaleza humana y su resolución trágica en el desastre. De la lectura de estos cuentos parece desprenderse la idea de que la naturaleza corrupta del hombre movida por una pasión desordenada y dominante está destinada a la perdición y a la desesperación sin que cualquier intento de reforma de la voluntad sea capaz de corregirla y enderezarla. Este pensamiento se hace patente sobre todo en “El sueño del bebedor” y en “La visión de Tom Chuff”, publicados en el *Dublin University Magazine*, 1838, y en *All the Year Round*, 1870, donde el sueño o la vi-

sión del abismo, es decir, la bajada a los infiernos o lugar de la desesperación eterna, consigue producir un falso remordimiento nacido exclusivamente del terror y dotar de una fuerza efímera a la voluntad para luchar contra la tendencia hacia la autodestrucción; pero la voluntad de reforma se muestra demasiado débil y accidental como para poder triunfar sobre la naturaleza corrupta, cuya inclinación cumple su destino de un modo inexorable. En estos dos ejercicios góticos, compuestos en pleno siglo XIX, se deja a un lado el esplendor teatral propio de las novelas del XVIII. Así, los villanos que protagonizan estos dos cuentos no son príncipes que habitan suntuosos palacios y poseedores de un gran poder ejercido de una manera tiránica sobre sus súbditos; son más bien personajes que pertenecen a las capas bajas de la sociedad, como un cazador furtivo o un proletario del capitalismo temprano, cuyas moradas están sumidas en la sordidez y sus familias en la indigencia. Parece decir Le Fanu que el mal psicológico en el hombre no es exclusivo de ningún régimen, de ninguna época, de ninguna posición social.

Tanto "La prima asesinada" publicado en *Ghost Stories and Tales of Mysteries*, 1851, como "Un capítulo en la historia de una familia de Tyrone", *Dublin University Magazine*, 1839, tienen más elementos comunes con las primeras novelas góticas, al tiempo que introducen situaciones nuevas y originales, que serán tomados y desarrollados en la ficción posterior. En estos dos cuentos los villanos pertenecen a la aristocracia y persiguen a doncellas. El primero de ellos sorprende por la acumulación de aspectos comunes

con El Castillo de Otranto, si bien es cierto que su goticismo se halla mucho más refinado y desarrollado, pues expone con más intensidad la psicología de los personajes e imagina el aislamiento de la doncella de una forma más original, al crear el primer caso de la habitación cerrada, tan cultivado en la ficción posterior. El segundo cuento es considerado como la fuente de Jane Eyre, y representa situaciones atípicas en el relato gótico, destinadas a enmascarar el carácter perverso del protagonista. “Historias de fantasmas de Chapelizod”, “Dickon el diablo” —que da título al presente volumen, y que es uno de los relatos de fantasmas más sencillo, breve y eficaz del género—, “El huésped misterioso” —relato semialegrórico atribuido por M. R. James a Le Fanu— y “El perverso capitán Walshawe de Wauling” completan esta selección de cuentos que suponen un avance considerable en la técnica de representar literariamente el mal como deformación psicológica del hombre.

Agustín Izquierdo

Relatos incluidos en la presente recopilación:

Historias de Fantasmas de Chapelizod (Ghost Stories of Chapelizod, 1851)

La visión de Tom Chuff (The Vision of Tom Chuff, 1870)

La prima asesinada (The Murdered Cousin, 1838)

Dickon el Diablo (Dickon the Devil, 1872)

El huésped misterioso (The Mysterious Lodger, 1850)

El sueño del bebedor (The Drunkard's Dream, 1838)

Un capítulo en la historia de una familia de Tyrone (A Chapter in the History of a Tyrone Family, 1839)

El perverso capitán Walshave de Wauling (Wicked Captain Walshave of Wauling, 1864)

HISTORIAS DE FANTASMAS

DE CHAPELIZOD

Créame usted que no existe un pueblo antiguo, especialmente si ha conocido mejores tiempos, que no se adorne con leyendas de terror. Las mismas posibilidades tendría de encontrar un queso podrido sin ácaros, o una casa vieja sin ratas, o una ciudad antigua y en ruinas sin una auténtica población de duendes. Y aunque a los habitantes de este tipo no se les puede conducir ante las autoridades policiales, sin embargo, puesto que su conducta afecta directamente a la comodidad de los súbditos de su Majestad, no puedo por menos que considerar una grave omisión que hasta ahora no se le hayan proporcionado al público datos estadísticos sobre su número, actividad, etc., etc. Estoy persuadido de que una comisión que investigara, informando de ello, sobre la fuerza numérica, hábitos, lugares que frecuentan, etc., etc., los agentes sobrenaturales residentes en Irlanda, sería mucho más inofensiva y entretenida que la mitad de las comisiones por las que paga el país; y todo lo más resultaría igual de poco instructiva. Digo todo esto más por un sentido del deber, y para liberar mi mente de una importante verdad, que por cualquier esperanza de que esta sugerencia vaya a adoptarse. Pero estoy seguro de que mis lectores deplorarán conmigo el hecho de que la capacidad general de credulidad, y

el ocio aparentemente ilimitado, de las comisiones parlamentarias de investigación nunca se hayan aplicado a este tema, y que la acumulación de estas informaciones se haya confiado al trabajo gratuito e inconstante de aquellos individuos que, como yo mismo, tienen otras ocupaciones que atender. Y todo lo anterior, sin embargo, no es sino una digresión previa.

Entre los pueblos cercanos a Dublín, Chapelizod tuvo en otro tiempo un rango considerable, si no el primero. Sin mencionar su relación con la historia del gran Preceptorio Kilmainham de los Caballeros de San Juan, bastará con recordar al lector su antiguo y famoso castillo, del que ahora no permanece ni un solo vestigio, y el hecho de que creemos que fue durante algunos siglos la residencia veraniega de los Vicerreyes de Irlanda. Pensamos que la circunstancia de que fuera el cuartel general de la Artillería Real Irlandesa en el momento en que ese cuerpo fue desmantelado tuvo como consecuencia que se volviera más humilde, pero no menos importante. Con estas ventajas en su favor, no es sorprendente que en otro tiempo la ciudad tuviera una atmósfera de importante y casi aristocrática prosperidad desconocida en los pueblos irlandeses de los tiempos modernos.

Los rasgos principales de la ciudad eran una calle ancha con una acera bien pavimentada, casas tan altas como las que se encontraban en aquel tiempo en las calles de moda en Dublín; un cuartel con una buena fachada de piedra; una iglesia antigua, abovedada, y con una torre revestida de arriba abajo por una abundante hiedra; una humilde capilla católica romana; un elevado puente que cruzaba el Liffey y un mo-

lino imponente y viejo en el extremo más cercano de éste. Estos rasgos, o al menos la mayor parte de ellos, permanecen todavía, aunque en su mayor parte en unas condiciones muy alteradas y de abandono. Algunos han sido sustituidos, aunque sin desaparecer del todo, por construcciones modernas, como es el caso del puente, la capilla y en parte la iglesia; el resto fue olvidado por la orden que lo construyó, y entregado a la pobreza, en algunos casos a la decadencia absoluta.

El pueblo se encuentra en la falda del rico y arbolado valle del Liffey, dominado por un lado por la meseta del hermoso Phoenix Park y por el otro por la cumbre de las colinas Palmerstown. Su situación es, por tanto, eminentemente pintoresca; y creo que a pesar de las chimeneas y las fachadas de las fábricas sigue teniendo, incluso en su decadencia, su propio pintoresquismo melancólico.

Pero en cualquier caso, lo que quiero hacer es relatar dos o tres historias que puedan leerse placenteramente junto a una chimenea encendida en una noche invernal de frío cortante, y todas están directamente relacionadas con la pequeña, cambiada y algo melancólica ciudad de la que he hablado. La primera que relataré concierne a

El matón del pueblo

Hace unos treinta años vivía en la ciudad de Chapelizod un personaje de mal carácter y fuerza hercúlea conocido en todos los alrededores con el apodo de Larkin el Matón. Además de su notable superioridad física, había adquirido tal grado de habilidad como pugilista que sólo por ella habría resultado formidable. Pero con ambas cosas se había convertido en el autócrata del pueblo; y no llevaba el cetro en vano. Consciente de su superioridad, y absolutamente seguro de su impunidad, señoreaba sobre sus iguales con un espíritu de cobarde y brutal insolencia que le hacía ser más profundamente odiado que temido.

En más de una ocasión, había forzado deliberadamente peleas con hombres a los que había elegido sólo para exhibir sus salvajes proezas; en todos los encuentros el antagonista vencido había recibido un importante «castigo» que edificara y aterrara a los espectadores, dejando en algunos casos cicatrices imborrables y heridas duraderas.

Pero Larkin el Matón nunca había puesto a prueba su valor, ya que, debido a su superioridad prodigiosa en peso, fuerza y habilidad, sus victorias habían sido siempre seguras y fáciles; y en proporción con la facili-

dad con la que siempre aplastaba a un antagonista, se inflamaban su insolencia y belicosidad. Se convirtió así en una molestia odiosa para la vecindad, en el terror de toda madre que tuviera un hijo y de toda esposa que tuviera un marido que aceptaran mal los insultos, o tuvieran la más ligera confianza en su propia capacidad para el pugilismo.

Sucedió que había un hombre joven llamado Ned Moran, mejor conocido con el sobrenombre de «el Larguirucho Ned» por sus proporciones esbeltas, que vivía en aquel tiempo en la ciudad. En realidad sólo era un muchacho de diecinueve años, doce más joven que el forzudo matón. Pero como el lector verá, no por ello se libró de las provocaciones cobardes del desconsiderado pugilista. El Larguirucho Ned, en mala hora, puso su afecto en cierta jovial damisela que, a pesar de la rivalidad de Larkin el Matón, se sintió inclinada a la reciprocidad.

Es innecesario decir con qué facilidad la chispa de los celos, una vez encendida, se convierte en llama, y con qué naturalidad ésta explota en actos de violencia y afrenta en una naturaleza brutal y carente de gobierno.

«El Matón» aguardaba su oportunidad y trató de provocar a Ned Moran a un altercado mientras bebía en un pub con un grupo de amigos, y para ello no dejó de proferir a su rival insultos tales que la hombría no puede tolerar. El Larguirucho Ned, aunque era un joven sencillo y afable, no carecía de espíritu, por lo que respondió en un tono de desafío que fue ejemplar para los más tímidos, pero dio a su oponente la oportunidad que secretamente ansiaba.

Larkin el Matón desafió al joven heroico, pensando para sí proporcionar a ese bello rostro la disciplina sangrienta y despedazadora que tan capaz era de administrar. La pelea, que él mismo se había esforzado en provocar, ocultaba en cierta medida la mala sangre y la perversa premeditación que inspiraron sus actos, y el Larguirucho Ned, lleno de ira generosa y con el acicate del whisky, aceptó al instante la propuesta de la batalla. El grupo entero, acompañado por una turba de muchachos y hombres ociosos, y por todos los que pudieron sustraerse un momento a sus asuntos, avanzó lentamente a través de la vieja puerta para llegar a Phoenyx Park, y subiendo por la colina desde la que se dominaba la ciudad, los contendientes eligieron cerca de su cima una zona rasa en la que decidir la disputa.

Los combatientes se desnudaron, y hasta un niño podría haber visto lo desesperadas que eran las posibilidades del pobre Ned Moran al contrastar entre los miembros y las formas delgadas del muchacho y la constitución musculosa y maciza de su veterano antagonista.

Se designaron «segundos» y «portabotellas», desde luego por su amor a ese deporte, y comenzó «la pelea».

No aturdiré a mis lectores con una descripción de la carnicería que se produjo a sangre fría. El resultado del combate era el que cualquiera podía haber predicho. En el undécimo asalto el pobre Ned se negaba a «abandonar»; el púgil musculoso, indemne, yéndole todo bien, y pálido por su concentración en la venganza, de la que todavía no se había saciado, tuvo la

gratificación de ver que su oponente se sentaba sobre la rodilla de su segundo, incapaz de levantar la cabeza, con el brazo izquierdo desencajado; su rostro era una masa sangrienta, hinchada e informe; su pecho estaba marcado y cubierto de sangre, y todo su cuerpo jadeaba y se estremecía por la rabia y el agotamiento.

—Abandona, Ned, muchacho —gritaron algunos espectadores.

—Jamás, jamás —respondió él con un grito áspero y sofocado.

Como empezara el siguiente asalto, su segundo volvió a ponerle en pie. Cegado por su propia sangre, jadeando y tambaleándose, sólo era el blanco indefenso de los golpes de su fornido oponente. Resultaba evidente que un solo golpe habría bastado para derribarlo al suelo. Pero Larkin no deseaba deshacerse de él tan fácilmente. Se entrelazó con él sin darle un golpe (el efecto de éste, si lo hubiera hecho prematuramente, hubiera sido el de derribarle enseguida al suelo, poniendo así fin al combate), y cogiendo bajo el brazo su cabeza golpeada, casi sin sentido, en esa «llave» peculiar conocida en una imagen agradable por el nombre de la «cancillería», le sostuvo firmemente mientras que con golpes monótonos y brutales daba la impresión de meterle el puño casi dentro del rostro. Un grito de «vergüenza» brotó de la multitud, pues era evidente que aquel hombre estaba ya insensible y sólo se mantenía en pie gracias al brazo hercúleo del matón. El asalto y la pelea terminaron lanzándole al suelo mientras caía con la rodilla sobre su pecho.